

—Desgraciadamente, exclamó, no somos ricos, y no podemos enviarte á disfrutar de las comodidades que otros obtienen, ni tan siquiera nos es dado poner á tu servicio un escudero.

Pero si hoy no comprendes cuán triste es haber nacido en una noble cuna y carecer de bienes para satisfacer las necesidades que engendra un nacimiento de esta clase, un día llegará en el que comprendas lo que hoy sufren tus padres por no poder dar á tus propósitos toda protección que merecen.

Doña Catalina habló á su esposo, y los dos convinieron en que no tenían más remedio que acceder á los deseos de su hijo.

—Hagamos el último sacrificio, dijeron.

Don Martín buscó á un arriero para que condujere á su hijo á Salamanca, y no atreviéndose ni aun á darle consejos, pero deseándole en secreto toda clase de felicidades, le despidió sin derramar una sola lágrima en su presencia.

El pobre jóven, sin saber por qué, experimentó un profundo pesar.

Tenia una idea fija.

Esta idea la formulaba á medias con una frase:

—Mis padres no me quieren, decía.

—Nada hemos podido hacer por nuestro hijo, se dijeron aquellos desconsolados padres.

A su tormento se unió la horrible soledad en que quedaron.

Hernán Cortés partió á estudiar, partió á hacerse hombre, llevando en el alma el desaliento y en el corazón el dolor.

CAPITULO XX.

Camino de Salamanca.



N extremeño en toda regla era el arriero que acompañaba á Hernán Cortés.

De buen humor, aficionado á cuentos, de carácter alegre, sobre todo cuando acababa de comer y de empujar la bota.

De figura gordiflona, de fisonomía franca y ojos saltones y vivarachos, de frente escueta, su conjunto grotesco contrastaba con la delicadeza de facciones de Hernán Cortés, con la debilidad física que se retrataba en su rostro, y sobre todo con la expresión de tristeza de sus ojos, que eran los únicos que parecían tener vida en él.

Ya había sufrido el jóven la enfermedad de que hemos hablado anteriormente á nuestros lectores.

Ya era devoto de san Pedro.

Al ponerse en camino se había encomendado á él, pidiéndole que se apiadase de sus queridos padres.

Salió de Medellín una mañana muy temprano, montado en una mula, y guiado por el arriero, á quien llamaban el tío Picos pardos.

El arriero intentó varias veces entablar conversación con el jóven, porque su mayor goce era charlar por los codos.

Hizo varias tentativas inútiles.

El futuro estudiante respondía siempre con monosílabos.

Trascurrieron dos horas, durante las cuales, no pudiendo el tío Picos pardos hablar con Hernan Cortés, se puso á cantar.

El jóven le oía con envidia, y le miraba con una mezcla de tristeza y de afecto.

El hubiera sido tambien feliz si hubiera podido, como aquel hombre, gozar ante el espectáculo de la naturaleza que se desarrollaba á su vista, expresar con esos cantos, que la soledad de los caminos da como compañeros á los caminantes, la alegría de su corazón.

—Tío Picos pardos, dijo de pronto Hernan Cortés, ¿tardaremos mucho en llegar á alguna venta?

—Media hora lo más. ¿Por qué lo dices? ¿Te aprieta la gazuza?

—No.

—Pues á mí, sí, hijo. Antes de salir me eché entre pecho y espalda un torrezno; pero tengo buen diente, no le gusta estas ociosos, y desea emplearse bien pronto. ¡Ah! añadió. Si tú hicieras lo que yo, no estarias tan esmirriado. ¡Qué diablo! Si tú quieres, yo te ofrezco que llegarás á Salamanca más gordo que un provisor.

—No es solo la comida lo que engorda.

—Pues por Dios y por mi alma juro que yo estaba más flaco que los galgos de tu padre, cuando caí en la tentacion de enamorarme de la Blasilla, la hija del escudero del conde de Medellin, nuestro amo, y si no me decido cuando me dió calabazas, acordándome del refran de que los duelos con pan son menos de darle que le das á los tasajos, de empinar bien el codo y de reirme de mí mismo, te aseguro que se hubiera podido enterrar-me en la vaina de una espada.

—Siempre está usted de buen humor, murmuró Hernan Cortés con expresion de envidia.

—Porque no soy tan tonto como tú. Ya sabes que te quiero, y que te hablo así, con esta llaneza, porque te he visto nacer, y más

de cuatro veces he corrido detrás de tí cuando con otros chicos entrabas en el huerto de mi amo á robar frutas, y al verte así tan enfermizo que pareces un viejo, me he dicho muchas veces

— «He ahí un muchacho de provecho que se va á desgraciar por tanto mimo».....

¡Ay! Hijo mio, si tus padres en vez de ser nobles, fueran pecheros, más lucido estarias. Habrias comido mal, pero con hambre, y te habria hecho provecho; habrias ganado el pan con el sudor de tu frente, y ahora quizás, en vez de ir á llenarte la cabeza de tonterías en Salamanca, ó de grado ó por fuerza, habrias ido á la guerra, y allí es donde los hombres aprenden, donde se hacen fuertes, donde se hacen hombres.

—Tiene usted razón, dijo el mancebo, y muchas veces siento en mí unos deseos de buscar la fortaleza que me falta en el ejercicio de las armas.

—Sí, hijo mio, sí; pero ya en Salamanca te despavilarás. ¡Hay por allá unos lagartones! Y has de andarte con tiento con las damas, porque los estudiantes les gustan mucho, y no es siempre oro todo lo que reluce.

La idea que despertaron las palabras del tío Picos pardos en Hernan Cortés, la rechazó con ese pudor que conserva el niño cuando apenas se ha separado del lado de su madre.

Llegaron en esto á una posada; el arriero mandó matar un gallo, con el que uno de los mozos hizo un sabroso chilindron, y sentándose los dos caminantes á la mesa, lo devoraron con apetito.

Bebieron sendos tragos.

Al volver á ponerse en marcha, su conversacion fué más seguida, más interesante, más trascendental.

—Vamos á ver, ¿quieres decirme por qué estás triste? preguntó el arriero al jóven caminante.

—Aunque quisiera no podria.

—¿Por qué?

—Porque lo ignoro.

—Sabes lo que he pensado.... Me vas á perdonar que te lo diga así, sin miramientos.... Te avergüenzas de tus padres.

—¿Yo? preguntó el jóven, lanzando rayos por sus ojos al mirar al arriero.

—No te incomodes, hombre, dijo el tio Picos pardos; como no hablas, tiene uno que pensar....

—Mis padres me han dado el sér, y les debo por eso eterna gratitud.

—Pero, vamos, segun se dice por nuestro pueblo, no andan muy corrientes. Siempre están tristes; han sido ricos, y ahora no tienen mucho.

Natural es que donde no hay harina todo es mohina, y la pena que tú sientes se funda en que tus padres no son dichosos.

—¿A qué vienen esas preguntas?

—En el pueblo dicen algunos, que siendo tu madre muy devota, ha querido hacerte cura; que tu padre se ha opuesto, y que han tenido grandes reyertas por esta causa.

—Pues en el pueblo mienten. Mis pobres padres se aman, y si sufren es porque no son ricos para satisfacer á manos llenas mis necesidades.

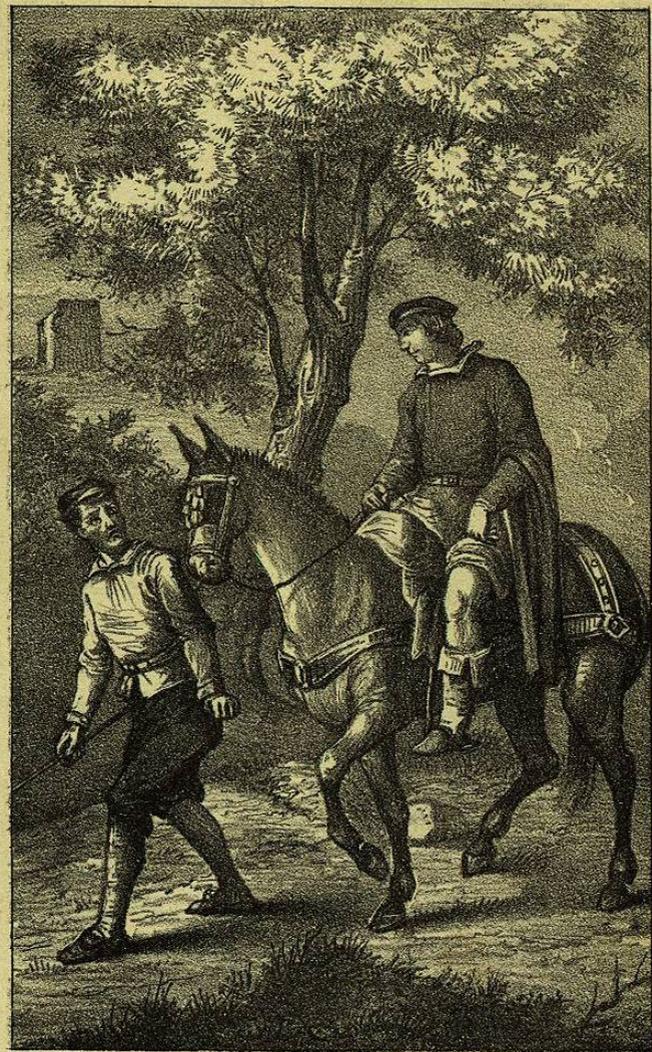
Yo lo he comprendido así, y mi único deseo es aprender, buscar los medios de serles útil, de mejorar su suerte, de aliviar su desgracia.

—¿Sabes que piensas como un hombre? dijo el tio Picos pardos despues de una breve pausa, que empleó en echarse un trago de la bota que llevaba.

—Creo que solo pienso como un hijo.

—No en vano dice fray Matías que eres un mozo de provecho. ¿Cuánto hubiera dado el reverendo padre por que entrases en su convento?

—No era esa mi vocacion, quiero estudiar humanidades, ser



Te avergüenzas de tus padres.

licenciado, y si es posible, ganar la vida enseñando despues lo que ahora aprenda.

—Lo que tú aprendas en Salamanca que me lo claven á mí en la frente.

—¿Qué dice usted?

—Que por lo mismo que has pasado la vida en un rincon, al verte libre y solo harás ni más ni ménos que lo que hacen los otros estudiantes.

—Qué ¿no estudian?

—La gramática parda.

—¿Qué dice usted?

—Estudiante y demonio es todo uno. Ya verás, ya verás; entre amoríos, pendencies, juego y orgías te se pasará el tiempo sin sentir, y ántes de un mes no habrá quien te conozca.

—Por de pronto, dijo Hernan Cortés, ya veo que usted no me conoce.

—Sí, sí, hazte el santo. Otros más fuertes que tú han caido; tú no sabes lo que es tentacion. Aquí donde me ves, yo mismo, cuando jóven, era más timorato que un sacristan de monjas. ¿Acercarme yo á una mujer? Ni á cien leguas. ¿Mirarlas á la cara? Primero me dejaba ahorcar. Pero sin mirar me fuí acercando poco á poco á ellas, y hoy mi misma mujer no me deja á sol ni á sombra, siempre está rabiando de celos, y te aseguro que no le falta razon.

Para un alma que se habia desarrollado en medio del infortunio y la tristeza, aquellas palabras eran un sacrilegio.

Las nuevas ideas que la conversacion del arriero despertaron en la mente del jóven, aumentaban su tristeza.

—No, se decia, yo no seré uno de esos hombres como él los pinta. Mis padres sufren; la pobreza les hace desgraciados.

Debo consagrarme á ellos, debo adquirir los medios de ganar el sustento para mejorar su situacion. Su cariño no es muy grande hácia mí; tal vez al verme enfermizo, casi inútil, me con-

sideren como una carga pesada. ¡Oh! Yo les demostraré que sé morir luchando, ó vencer para ofrecerles el triunfo.

Animado por estos pensamientos escuchó sin oírlos algunos chascarrillos que le contó el tío Picos pardos, y al fin llegaron los dos á Salamanca.

Hospedóse Hernan Cortés en un meson, á cuyo dueño conocia el arriero; se lo recomendó eficazmente y se despidió del jóven, ofreciendo á su vuelta pasar ántes por casa de sus padres para ver si, como era regular, le enviaban con él algunos ducados,

Las impresiones que recibió Hernan Cortés en aquella ciudad, emporio de la ciencia, contribuyeren á su trasformacion.

Pero el espíritu se desarrollaba con detrimento de la materia.

El alma devoraba al cuerpo.

CAPITULO XXI.

El amor, el juego y las armas.



UVENTUD es sinónimo de pasión.

Cuando el hombre llega á esa edad en que sus facultades se desarrollan por completo, en que no solo ve, sino que quiere comprender los objetos que le rodean, en que la vida es para él un espacio que tiene que recorrer con rapidez eléctrica, las ideas se despiertan en su mente, son patrimonio de su alma, y toman el carácter de pasiones.

La primera impresion que recibió el jóven estudiante en Salamanca, fué la que dió direccion á su conducta.

Acababa de salir de una casa en donde la tristeza de sus padres habia entumecido su inteligencia.

Se hallaba libre en medio de una gran poblacion, foco de luz y de alegría en aquella época.

Una inmensa, y para él desconocida animacion, reinaba en todas partes.

Deseaba tomar parte en aquel torneo del saber y de la galantería, y desde el primer momento comprendió que le faltaban alas para volar por aquel luminoso espacio.

A la tristeza, á la pena continua é inexplicable que experimentaba, sucedió en su corazon la codicia.

Disculpábase á sí propio en la necesidad que tenia de hacer felices á sus padres.

Pero la verdad era que la ambicion que nació y se desarrolló